

LA PROCESIÓN DEL SANTO PATRONO

Por † José García Acuña

Del chato caserón enjalbegado, que sólo el mezquino fastigio, en cuyo hueco bailoteaba alegre la esquila, daba a conocer su religioso destino, como capilla del Santo Patrono, salía la procesión solemne y acompañada, a la que abrían calle los gigantones y cabezudos, acosados por la pillería, que les rodeaba como un enjambre de moscas revoltosas. A continuación marchaba la «danza» de los labradores, formando dos hileras. Era la cofradía más antigua de la ciudad, la que encarnaba, mejor que cualquier otra, las tradiciones devotas y humildes del pueblo mariñán. Desfilaban los cofrades en mangas de camisa, luciendo el clásico calzón de pana azul con botones dorados, media blanca, zapato bajo de cuero, descubierta la redonda testa, de lasos cabellos caídos sobre la frente, habiendo dejado en la sacristía los estrafalarios sombreros de copa con que se cubrían al hacer sus danzas, y cerrando las filas por medio de viejos sables que el uno tenía por el puño y el que le precedía, por la contera. En medio de esta original comitiva, que traía a la memoria las archicofradías medioevales, con sus privilegios y franquicias de hombres libres, adscritos a añejas behetrías amparadas por la munificencia de los Andrades, marchaba el abanderado, conduciendo el gonfalon de damasco, rematado en aguda lanza y ostentando las armas de la ciudad; a su lado, escoltándole, otros dos labradores marcaban el paso con la contera de sus alabardas, anteceditos del gaitero y del tamborilero, muy ufanos y vistosos.

La danza de los marineros venía después. Formando bóveda con los arcos pintarrajeados y sostenidos en alto, desfilaban, en dos hileras también, los bravos marinos de agua dulce, con su pulquísimo atavío de almidonadas pecheras y calzones de extremada blancura sobre la que se destacaban los gayos colorines de las cintas y pañuelos pendientes de brazos y cinturas, adornado el pecho de cadenillas y preseas, capitaneados por el popular «Salero», que exhibía en la diestra, muy orondo y poseído de su papel, como signo de autoridad, el corvo alfanje morisco, y llevando en medio, entre la gaita y el tamboril, la bandera nacional, que al ondear sobre los arcos irisados y entrelazados en pintoresca simetría, evocaban gloriosos fastos de bélicas andanzas y correrías al son de la céltica cornamusa.

Otra hermandad o cofradía, seguía a la de los marineros, si bien carecía, como otras que a veces se organizaron con el fin de dar mayor variedad y animación a las fiestas, del sabor tradicional que poseen las dos indicadas. Era la danza de los zapateros. Vestían de peregrinos, a la usanza de los que por riscos y vericuetos, y entonando el himno ¡Ultrejal venían de lueñes tierras a postrarse ante el sepulcro de Santiago Matamoros, con esclavina y sombrero de hule, adornados de las clásicas conchas de peregrino. Al danzar, hacíanlo al son de pifano y tambor, acompañados de castañuelas, mezclando así, en híbrido y anacrónico revoltijo, trajes y danzas que se daban de cachetes. Luego venía el grupo puramente canónico de la comitiva: las cruces parroquiales, los ciriales, estandartes de cofradías religiosas y el Santo Patrono, San Roque bendito, llevado en andas, bajo un arco de flores de papel, mostrando la úlcera milagrosa con seráfica conformidad, luciendo flamante esclavina llena de conchas y teniendo en la mano el bordón con la colgante calabaza y junto a ella, atado con una cintita de colores — ¡oh, santa ingenuidad del pueblo mariñán, manso y limpio de corazón! — un fresco racimo de uvas, el primero de la cosecha de las parras del Mandeo, que recordaba los racimos bíblicos que presentaron a Josué sus emisarios al llegar a la tierra de promisión. Junto al santo peregrino veíase el gracioso can con tamaña hogaza en la boca, ofreciendo el religioso grupo, alzado sobre el pavés, y admirado por la devota multitud, una curiosa semejanza, en lo profano y meramente artístico, con el otro grupo de Diana cazadora y su antilope, que preside desde lo alto de la fuente del Campo, los públicos regocijos. Detrás de la imagen veneranda seguía el clero con sus turibulos, sus dalmáticas, sobrepellices, capas pluviales y roquetes, sus coramvobis y su cancamurria.

Dejando un buen espacio, cual corresponde a su jerarquía y alta representación en aquel acto, aparecía el Consistorio en pleno, acompañado de las demás autoridades locales, formando un amplio cuadrilátero, cuyos costados refulgían con los galones y cruces de los oficiales de la zona de reserva, vestidos de gala y que mezclados con los concejales, desfilaban garbosos y marciales, lanzando miradas conquistadoras a los balcones repletos de endomingado mujerío; en el centro, el guión consistorial, de rojo terciopelo, sobre el que campeaba el argenteado escudo heráldico de la noble ciudad, siendo portador de la insignia municipal el síndico, precedido de dos veedores o alguaciles, de ropilla negra, a estilo de cuadrilleros de la Santa Hermandad, y escoltado por los maceros, con sus rojas dalmáticas franjeadas de oro, chambergo de roja pana con pluma a la valona, caído sobre la espalda, dejando descubierta la blanca peluca de retorcidos bucles, llevando al hombro la refulgente maza de armas, y cerrando el cuadro, la presidencia, formada por el alcalde, vestido de rigurosa etiqueta, ostentando sobre la pulcra pechera la medalla concejil y apoyándose con cierta aristocrática indolencia sobre el bastón de caña de doradas bellotitas, símbolo de su autoridad, y rodeado de sus tenientes, del

veterano coronel de la zona, con el ancho pecho convertido en escaparate de cruces, medallas y placas, del gallardo capitán de la Guardia civil, con su airoso uniforme de gala, blanco calzón de punto y altas polainas granaderas, el juez de primera instancia embutido en un levitón del tiempo de Fernando VII y el registrador de la Propiedad luciendo un levitín romántico de la época del Estatuto. Y por último, tras la escolta de guardias municipales, la banda de música, llevando al frente a su majestuoso director, el émulo y paisano de Torres-pachá, seguido de la caterva de músicos zangolotinos, meciendo sus cansados huesos al compás de la marcha triunfal, interpretada al modo heroico, con intercadentes golpes de bombo y vibrante chinchín de cimbales y platillos. Detrás, formando larguísima cola, el pueblo mariñán, mostrando aquella piedad tan risueña, tan expansiva, tan humana, que presta a las solemnidades del culto el aspecto de fiesta pagana y campestre, evocador del druidismo ancestral.



J. GONZÁLEZ MORO.—"Bailarín de la danza de labradores."

Recorría la procesión las principales calles de la ciudad, en la que penetraba desde la plaza del Campo, por la puerta de la Villa, y siguiendo la gloriosa trayectoria que los historiados escudos de sus casas nobiliarias van marcando en derredor de la colina que le sirve de acrópolis, saludaba a su paso los blasones de los Andrades, prodigados en portaladas y ábsides, de los

Bendañas, Macedas, Piñeiros, Taboadas y Figueroas, para descender por la cuesta de la plaza Consistorial, dejando a su espalda el Consistorio y la iglesia matriz de Santiago, de adusto y grave perfil románico, y tornar por la misma puerta de la Villa a encerrarse y disolverse en la vulgar capilla del Cantón pequeño. Por calles y plazas, en balcones saledizos y en ridículas galerías de cristales, colgadas como grilleras, apiñábase la población brigantina, ávida de tributar al Santo Patrono el homenaje de su devoción, en forma un tanto campechana y jaraneira, y de lucir las galas estrenadas con tan alegre y plausible motivo.

Nada más pintoresco que el golpe de vista que ofrecía la extensa plaza del Campo a aquella hora de la tarde, en que, al recogerse la procesión, inundaba el gentío, no sólo las aceras y cantones, sino el centro mismo de la extensa planicie adoquinada de duros guijarros, en torno a la fuente de Diana cazadora, donde las criadas, sentadas encima de las «sellas» o herradas, solían aguardar su vez para llenarlas bajo los caños por los que manaba límpida el agua cristalina, aromatizada por todas las fragancias de la campiña mariñana.

(De "La Mariñana".)

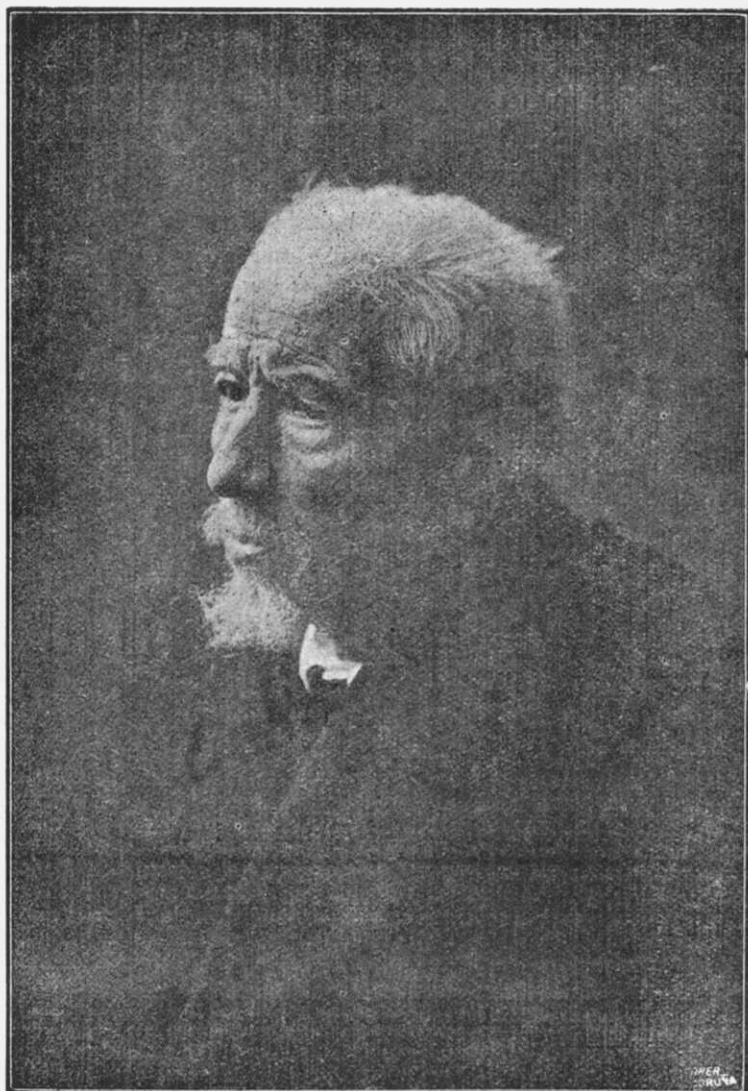
La ciudad de Betanzos es la antigua e histórica Brigantium Flavium.

Véase lo que dijo acerca de esta interesantísima cuestión el glorioso historiador don Manuel Murguía, primer presidente de la Real Academia Gallega:

«Si las propias suposiciones pudieran tener alguna vez aquella probable realidad que sólo los datos positivos permiten, sería en la presente ocasión, en que creemos descubrir que Julio César, vencedor de los britones, tuvo de estos últimos noticia de unos países que aquéllos miraban tal como una verdadera región encantada. Las tradiciones irlandesas parecen para el caso eco de una anterior realidad y de unas no olvidadas relaciones políticas y comerciales, que renovándose, tras largo silencio, en los siglos X al XII, volvieron a dar a las viejas narraciones una cierta consistencia y valor de que antes carecían. Pero antes y después, hoy como en otros tiempos, desde éstas a aquellas orillas de un mar en que expiran las mismas ondas, flotaba aquella corriente de simpatía que a los de allá y a los de acá les hablaba de un común origen y decía a todos que no en vano llevaban la misma sangre y no en vano, también, eran como dos floridas ramas de un mismo roble duro y poderoso. Estos recuerdos fueron entonces tanto más vivos cuanto más separados les habían tenido los sucesos: despertando de golpe los dormidos afectos, dejaron en los anales irlandeses la profunda huella que hoy se advierte. Lo difícil es decir, al presente, desde cuando datan esas relaciones, y más aún, si cabe, señalar la época en que las tribus brigantinas invadieron estos lugares, se apoderaron de ellos y les dieron su nombre y población; porque en este punto sólo puede asegurarse—aunque no sin las convenientes salvedades—que el viejo *Brigantium Flavium* conoció anteriormente al celta, otros hombres de raza inferior que ocupando una gran estación lacustre, la más importante quizás de cuantas contó Galicia en la remota antigüedad, o desaparecieron ante los invasores, o reconociéndose sus tributarios, arrastraron, Dios sólo sabe por cuánto tiempo, la vida a que por su condición de inferiores y de vencidos, quedaron desde luego sujetos. Hay más: todos los indicios son de que el hombre de las cavernas, el de las aguas y el de las alturas, convivieron aquí durante siglos: al menos tal debe sospecharse en vista de que la *Espenuca* (Espelunca) con su cueva, los esteros del actual Betanzos y el castro de San Martín de Tiobre, lugares todos harto cercanos entre sí, conservaron su importancia cuando menos hasta el siglo XII. Por de pronto la iglesia de la *Espenuca* es, por el sitio en que está emplazada y por su parroquialidad, una prueba de que allí perseveraban los recuerdos de la antigua población, y, lo que importa más, vestigios de los viejos cultos que era necesario borrar para siempre. Y aunque a pesar del más que rudo aspecto que presenta, abrigamos dudas respecto a la antigüedad que se le concede gracias a la inscripción, su sola presencia en semejantes parajes así como la seguridad de que existió allí un castillo tan notable como el Faro (Coruña), dice cuanto puede desearse en el asunto. Otro tanto sucede con los dos breves esteros conocidos con el nombre del Juncal y en cuya localidad se encontraron y encuentran, en ocasiones, restos de nuestras primitivas antigüedades, que declaran que sobre aquellas aguas estuvo emplazada la muy importante estación lacustre de que nos habla la tradición, y que perseverando hasta la época romana, llegó tal vez hasta más allá todavía. Mas, durase tan sólo como lugar propio para el tráfico y en que se agol-

paba y vivía al pie del puerto la muchedumbre comercial y marinera, o constituyese sencillamente un arrabal de la ciudad que asentaba a la falda del castro, no cabe duda que el viejo *Bri-gantium Flavium* OCUPÓ ENTONCES LA MISMA POSICIÓN O PUNTO MENOS QUE LA ACTUAL POBLACIÓN. El caserío debió sin embargo extenderse bastante, por cuanto a un cuarto de legua de la ciudad y en el sitio denominado *Betanzos o vello*, tenía quizás su acrópolis, como tienden a probarlo, amén del nombre que aun conserva la localidad, dos curiosas indicaciones: una que en la corona de aquel fuerte castro se levanta el templo de San Martín de Tiobre; otra que a últimos del siglo XVI se hallaban, según el anónimo historiador de Betanzos, «ruinas de edificios, piedras labradas, ladrillos antiguos y paredones en hilera y orden de calles, aunque con el mucho tiempo, añade, y falta de moradores, hay poca luz de esta verdad». La irrupción bárbara y la rápida e inmediata ruina de nuestras poblaciones marítimas, trajo, sin duda alguna, la despoblación del puerto, y por eso y por ser punto más retirado, fuéronse las gentes buscando el seguro de San Martín de Tiobre.»

(Galicia, págs. 1148-52.)



DON MANUEL MURGUÍA